

La magia del Sahara (Occidental)

¿Por qué el Sahara es un lugar mágico, inspirador para el arte, películas, música, pintura, poemas, libros, reflexiones?, ¿por qué un lugar con una historia tan triste genera tanta belleza?

No es sólo por la bondad de sus gentes, la hospitalidad del nómada, la dignidad de los ancianos, la lealtad de sus hombres, la amistad de sus niños, la fortaleza de sus mujeres.

El Sahara clama Justicia. Y por eso es un imán para que tantas buenas gentes dejen su huella en el desierto.

Os dejo con este texto, que encanta, del blog del periodista José Ángel Esteban, que ha visitado el campamento de Dajla durante el Festival de Cine del Sahara.

<http://blogs.20minutos.es/lucesdeposicion>

En cuatro días -cuatro eternidades- he machacado mis riñones en un todoterreno por el desierto durante cientos de kilómetros fascinado por la orientación mágica sin duda, incomprensible de un conductor absorto; he estado en hospitales y escuelas para ciegos, pequeños milagros, metáforas perfectas; he fabricado adobes y me he rendido a la belleza absurda de los corrales de las cabras, hechos de latas viejas, de piel reseca y de cordajes; he tomado el té de Mehdi y el cous-cous de Zaina, y he compartido su tienda, su mundo, al que me habían invitado; he hecho media docena de amigos que sabía que estaban esperándome aunque no nos hubiéramos conocido todavía; he paseado con Lala, que me ha enseñado los rincones del desierto donde juega al escondite y la he visto jugar a la rayuela con dos socias, y he escuchado los planes de Salik, tan sensatos, mientras venía de su escuela; he escuchado hablar español de bocas saharauis con todos los acentos autonómicos, como si ellos mismos encarnaran con naturalidad el diseño político del estado; he dejado de contar estrellas cuando se me han acabado los números que había aprendido en el colegio; he visto a algunas actrices, a las que quiero y respeto, leyendo manifiestos que hablan de vergüenza y de derechos políticos para que todo un pueblo pueda salir en los periódicos; he detectado la paradoja de una situación profundamente injusta, mejorada por la increíble capacidad de organización y subsistencia en cada jaima, en todo el campamento, un todo provisional con riesgos indecentes de hacerse permanente; he visto amanecer con mucho frío entre las piedras negras, muertas, de la hamada y he visto una elegíaca caída del sol en una carretera sin asfalto ni apellidos junto al monumento humilde a un cirujano que murió en un viaje solidario; y he visto el cine, por supuesto, que tanto me gusta, en una pantalla gigante que estrenaba miradas en ese campamento, manejado por unos proyectonistas que hicieron con su oficio una exhibición y un lujo.

Tagrauen, para los niños

Hassina nos contó ayer que el sábado estuvieron viendo el eclipse de luna desde el campamento de El Aaiun. La visión del firmamento en las interminables noches de la hamada es una de las pocas bellezas que se pueden permitir contemplar los refugiados, inmersos en la desolación de una naturaleza cruel y hostil.

En el Sahara, cuando llega un eclipse, se recupera una bonita tradición, el Tagrauen. Los antepasados creían que el eclipse significaba que Dios estaba enojado. Para que dejara de estar enfadado las mujeres ofrecían a los niños dulces, en especial dátiles y trozos de azúcar de pilón. Los colocaban en un tbag (una bandeja hecha de esparto que se solía usar para poner el pan). La dueña de la jaima se colocaba en la entrada con la bandeja y empezaba a llamar "Tagrauen, ya lim ail" (Tagrauen, para los niños). Los pequeños del frig se acercaban a toda prisa para recoger sus dulces.

No sólo se esperaba al eclipse. Cuando la madre presentía algún mal o había tenido una pesadilla, preparaba los presentes para los pequeños. Con Tagrauen se intentaba contentar a Dios, alejar los males de la jaima, del ganado, traer el bien a la familia. Se depositaba el bienestar del frig en los niños

Hoy, en el exilio, se sigue haciendo Tagrauen, ahora a los dátiles y el azúcar se añaden también caramelos. Los saharauis saben que la sonrisa de los niños es el mejor talismán para atraer el bien.

Elzam, turbante saharauí

Pocas prendas pueden llamar más la atención a un occidental que un turbante. Desde niños, un turbante nos hace evocar lejanas tierras y para nuestros ojos occidentales es el colmo del exotismo y el misterio. En una sociedad como la nuestra, donde ya casi nadie cubre su cabeza, un turbante hace volar nuestra imaginación. Es difícil para los no musulmanes, no árabes, no africanos entender el uso del turbante fuera del tópico del primer mundo. Sin embargo, con esa sorprendente capacidad integradora de los saharauis, en su primera visita a los campamentos los hombres consiguen inmediatamente la pieza de tela negra, acceden encantados a que se lo pongan, y lo lucen, primero orgullosos y enseguida agradecidos al entender la increíble utilidad de esta milenaria prenda que forma parte de la tradicional vestimenta de los hombres saharauis.

Elzam, o turbante saharauí, es una pieza de una tela llamada tubit o nila, de unos tres metros de largo. El típico turbante es de color negro, aunque últimamente se encuentran en los campamentos algunos turbantes verdes o azules, y en especial, unos turbantes de color ocre que se usaban en la vida militar. Este color era el usado por los militares polsarios durante la guerra y fueron asimilados del uniforme de las antiguas tropas nómadas españolas en el Sahara. Ahora se ven habitualmente en los campamentos.

Entre los saharauis no se usa el turbante de color blanco. Normalmente lo llevan quienes han peregrinado a la Meca, algo no demasiado usual entre los saharauis, ya que debe vestirse de blanco durante la peregrinación.

Si hay una prenda de utilidad, esa es el turbante. Los saharauis dicen que tiene 33 usos. Mucho más que una prenda de vestir, el turbante protege del implacable sol y de los vientos, tan duros de soportar en el desierto. Sirve para secarse, para taparse la cabeza durante la siesta y alejar a las moscas, para protegerse del frío, que también lo hace en el desierto. Cuando se rompe puede usarse limpio como trapo para la casa, para secar los cacharros del té o para taparlos cuando no se utilizan, aunque para esto es más habitual usar las melhfás. Y cómo no, es una prenda de gran romanticismo, que en ocasiones cubre la cara, dejando al descubierto sólo los profundos y llenos de verdad ojos saharauis. Para mostrar alegría o felicidad los hombres se quitan el turbante y lo hacen girar delante de sus cabezas y también se lucen en algunos bailes tradicionales.

La forma de colocarse elzam es típica y característica del pueblo saharauí. Se enrolla sobre la cabeza, pasando por debajo de la barbilla, para taparse boca y nariz en caso de vientos, y se deja un trozo de tela libre a la altura del hombro. Aunque hay algunos hombres que lo colocan de diferente forma. Algunos militares lo dejan suelto por detrás de la cabeza como si fuera una melena, y enrollan el resto en lo alto de la cabeza. En mi primera visita a los campamentos me sorprendió la forma de llevarlo de Mohamed, llamado el Fideo, un fascinante personaje muy flaco, de rasgos afilados y con aspecto de aguillilla; Mohamed, que hablaba de filosofía occidental con los periodistas que acogía en su jaima, llevaba elzam rodeándole la parte de arriba de la cabeza.

Elzam es el compañero de la daraa, formando ambos la típica vestimenta del hombre saharauí. Y por eso se ha convertido en un símbolo del atuendo nacional para la resistencia pacífica saharauí en las zonas ocupadas. Los jóvenes saharauis en las manifestaciones tratan de proteger su identidad con elzam, a la vez que reivindican su saharauidad, y los presos políticos saharauis han aparecido en muchos de los juicios vestidos con la ropa nacional, daraa y turbante sobre los hombros, la forma majestuosa de llevar elzam entre los saharauis.

Hay tal identificación entre elzam y los saharauis que se usa la expresión “ahel elzam lakhal” (los del turbante negro) para referirse a los saharauis.

Buki y la poesía de Trab el Bidan

Sólo una cultura tan peculiar y pura como la bidan podía mantener la llama de la poesía tan viva. Un ejemplo. En Mauritania uno de los programas más escuchados y seguidos en la radio es precisamente un programa de poesía. Conducido por Buki, el programa es seguido por legiones de admiradores que se reúnen para escuchar recitar en hassania poemas con música tradicional de fondo. Los sonidos del típico tidinit saharauí y mauritano ponen un fondo nostálgico a poemas que hablan de la tierra, de las

tradiciones del desierto, historias legendarias, anécdotas de antepasados saharianos, batallas, gestas y epopeyas.

El público llama y se hace un sencillo concurso sin premios ni espónsor en el que se trata de averiguar de quién es el poema. También llaman los oyentes para las “típicas” peticiones, aunque en este caso de poemas.

Entre los bidan la poesía marca el nivel de cultura del individuo. Aprender de memoria poemas, recitarlos y declamarlos correctamente, y no digamos crearlos, son motivo de consideración, admiración y estatus en una persona. Tan distinto de nuestras sociedades occidentales donde lo que vale es la materia, la riqueza y la supuesta belleza física.

En la Radio Nacional Saharaui, uno de los programas de más audiencia, incluso fuera de los campamentos al ser muy escuchado en Mauritania es Nadi al Adab (Club de literatura), en el que se hace literatura comparativa entre los grandes poetas árabes y los grandes en hassania.

A ver si empezamos a “contaminarnos” de estas buenas costumbres.

Conchi Moya

<http://hazloquedebas.blogspot.com/>